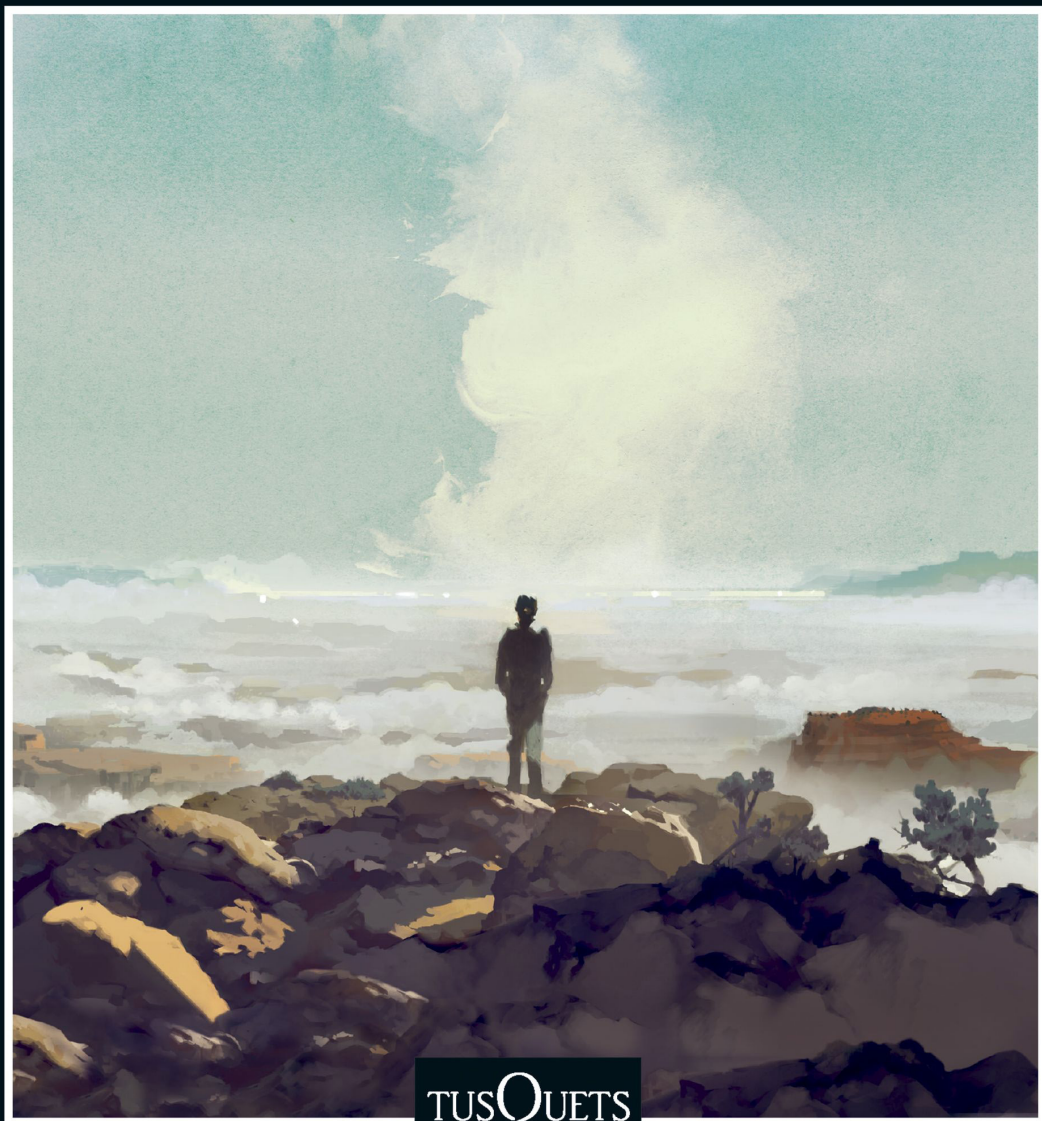


Paolo Giordano

TASMANIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Obras de Paolo Giordano
en Tusquets Editores

La soledad de los números primos
Tasmania

PAOLO GIORDANO
TASMANIA

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Primera parte	
En caso de Apocalipsis	11
Segunda parte	
Las nubes.	165
Tercera parte	
Las radiaciones	321
Agradecimientos	345

En noviembre de 2015 me encontré en París asistiendo a la conferencia de Naciones Unidas sobre el cambio climático. Digo que me encontré no porque no hubiera querido ir: al contrario, la cuestión del medio ambiente me preocupaba hacía tiempo y leía mucho sobre el tema. Pero, si no hubiera sido aquella conferencia sobre clima, seguramente habría buscado otra excusa para marcharme, un conflicto armado, una crisis humanitaria, una preocupación distinta y más grande que las mías que me absorbiera. Quizá en esto consiste la fijación que muchos tenemos con los desastres inminentes, ese interés por las tragedias, un interés que creemos noble y que será, pienso, el asunto de esta historia: en la necesidad de encontrar, en cada trance difícil de la vida, algo aún más difícil, más urgente y amenazador en lo que podamos diluir nuestro sufrimiento personal. Y seguramente esto nada tiene que ver con la nobleza.

Era un periodo extraño. Mi mujer y yo queríamos tener un hijo, llevábamos unos tres años intentándolo

y nos habíamos sometido a una serie de prácticas médicas a cuál más humillante. Mejor dicho, ella, sobre todo, se había sometido a esas prácticas, porque yo, a partir de cierto momento, me había limitado al papel de espectador afligido. Pese a nuestra ciega determinación y a que nos gastamos una pasta, la cosa no funcionó. No funcionaron ni las inyecciones de gonadotropinas, ni las fecundaciones *in vitro*, ni los tres viajes que, desesperados, hicimos al extranjero, de los que nada dijimos a nadie. El mensaje divino que aquellos repetidos fracasos encerraban estaba claro: tener hijos no formaba parte de nuestro destino. Como yo me negaba a admitirlo, Lorenza decidió por mí. Una noche, con las lágrimas ya secas o directamente sin llorar (no lo sabré nunca), me comunicó que no quería seguir con... Dejó la frase así, en suspenso; yo me volví de lado, dándole también la espalda, y me tragué la rabia que me daba aquella decisión que me parecía injusta y unilateral.

Aquellos días, mi pequeña catástrofe personal me importaba mucho más que la planetaria, que la acumulación de gas invernadero en la atmósfera, que la fusión de los hielos y que la subida del nivel del mar. Más por cambiar de aires que por otra cosa, pedí a los del *Corriere della Sera* que me acreditaran en la conferencia sobre el clima de París, aunque el plazo de presentación de solicitudes ya se había cerrado. Tuve incluso que rogárselo, como si para mí fuera una cita irrenunciable. Solo tendrían que pagarme el vuelo y

los artículos que escribiera. Me alojaría en casa de un amigo.

Giulio tenía alquilado un pisito oscuro en el distrito XIV, en la calle de la Gaîté. ¿Calle de la Alegría?, le dije al entrar. Pues no se te nota.

Tú lo has dicho. No te hagas muchas ilusiones.

Años atrás, en nuestra época de estudiantes, compartimos piso en Turín: él venía de fuera y yo era un privilegiado que deseaba vivir su primera experiencia lejos de casa, aunque mis padres vivían a media hora de autobús. Al contrario que yo, después de doctorarse Giulio siguió dedicándose a la física. Había cambiado innumerables veces de ciudad, aunque sin salir de Europa, porque tenía una aversión política insalvable hacia Estados Unidos. En ese tiempo se casó y se separó, tuvo un hijo y al final acabó allí, en Francia, con una beca de investigación que le concedió la École Polytechnique, donde estudiaba modelos del caos aplicados a las finanzas.

Cenamos dos raciones de pasta, como veinteañeros, sin poner la mesa, y le conté el motivo de mi presencia en París, el motivo oficial. Giulio buscó un libro en un estante. ¿Lo has leído?

Le contesté que no y lo hojeé. *Colapso*, murmuré, me parece perfecto.

Tiene un punto de vista interesante sobre el tema de la extinción. Quédatelo.

La palabra «extinción» me rondó un rato por la cabeza, como si fuera la etiqueta de mi suerte personal. Recogí los platos mientras Giulio me ponía rápidamente al tanto de su relación con Adriano, que ya había cumplido cuatro años. Me había entrado sueño por culpa de los hidratos de carbono, pero como nos habíamos acabado el vino, decidimos salir a tomar otra copa.

París estaba militarizada, era tétrica. Días antes, unos terroristas habían entrado en una sala de conciertos en la que estaban tocando los Eagles of Death Metal y habían disparado varios minutos seguidos contra la compacta multitud. Otros terroristas habían asaltado varios restaurantes y dos más se habían hecho explotar a las puertas del Estadio de Francia. Aquella noche, Lorenza y yo habíamos invitado a una pareja de amigos a cenar a casa y fue la madre de Lorenza quien nos dio la noticia. Lorenza no había contestado a la primera llamada ni a la segunda, pero aquella insistencia era sospechosa y al final lo cogió. La mujer nos dijo que encendiéramos la tele, nada más, y de pronto todos empezamos a recibir mensajes de móvil. Seguimos las noticias en directo más de una hora, en silencio, hasta que nuestros amigos se fueron, movidos por la necesidad completamente irracional de ver si su hijo estaba en casa. Lorenza y yo continuamos con la tele encendida largo rato, viendo pasar al pie de la pantalla la banda roja de los titulares, de manera ininterrumpida, aunque al final se sucedían en bucle. Los

platos seguían en la mesa, fríos, y a nuestra consternación se sumaba otra cosa: un terror personal, una sensación de duelo sin pérdida que gravitaba sobre el apartamento desde hacía días, en concreto desde la noche en la que ella me había dicho que no quería seguir con... y yo me había dado la vuelta.

Giulio y yo caminamos un rato, pasando por delante de locales de masaje con el escaparate tintado, tiendas eróticas y restaurantes asiáticos. Al final nos sentamos en una terraza, con las sillas de cara a la calle, y pedimos dos cervezas. Él siguió hablándome de los libros que había leído: ensayos sobre vigilancia digital, la Primavera Árabe y las nuevas formas de populismo. Leía muchísimo. Tenía una visión de la realidad mucho más compleja que yo, mucho más comprometida, y así había sido desde que nos conocimos. En la universidad había sido dos años consecutivos coordinador de grupo del aula B1, que estaba en el semisótano y en la que colgaban pósteres de «Nucleares no» y una foto de Oriana Fallaci con el nombre cambiado a ORINA, mientras que yo tan solo bajaba allí durante la pausa de la comida y únicamente para verlo, como si estar con él me hiciera a mí un poco más consciente de las cosas, un poco más ético.

En la calle de la Gaîté lo escuché hablar mientras me bebía la cerveza. Dejé que su saber infalible, el ruido del tráfico y el movimiento browniano de la gente limpiaran mi espíritu. En las breves pausas de la conversación, mirábamos a un lado y a otro y me

parecía que los dos veíamos la misma escena: un fantasma negro emergía de entre la multitud, levantaba los brazos al cielo y barría el local con ráfagas de metralleta. Me sentía tan estéril, tan sin futuro, que una parte de mí ser deseaba que aquello ocurriera de verdad. Era una fantasía absurda y culpable, llena de compasión por mí mismo, pero quise tenerla, aunque no la compartí con Giulio. Nunca le había hablado de la cuestión de los hijos. Nuestra amistad se había basado siempre en hablar de la vida y evitar en lo posible los temas personales, y quizá por eso duraba tanto.

A la mañana siguiente tomé el tren regional RER B y luego un autobús que llevaba a Le Bourget, donde se celebraba la COP21. Pasar los controles de la entrada era desquiciante, pero, una vez dentro, uno se movía libremente. Había pabellones, salas grandes y medianas, sesiones plenarias y paralelas divididas por colores. Una azafata me llevó a la sala de prensa y me enseñó mi puesto, con conexión por cable y todo lo necesario. Mostré una desenvoltura que no tenía.

Pocos días después, tras asistir a mesas redondas de todo tipo que elegía más bien al azar, tuve que reconocer que no había mucho que contar. En las asambleas se debatían cláusulas y párrafos específicos, incluso las palabras concretas que habían de figurar en el tratado, y las intervenciones eran tópicas o dema-

siado generales. El medio ambiente era un tema aburrido. Lento, sin acción ni tragedia, salvo las que se esperaban en el futuro. Sobrecargado, eso sí, de buenas intenciones. He ahí el problema secreto del cambio climático: el aburrimiento mortal. Asistir a la puesta a punto de un acuerdo internacional resultaba incluso soporífero. Yo tendría que informar de cualquier avance milimétrico y presentarlo como si fuera una revolución, pero ¿a quién podía interesarle? ¿A quién, si yo era el primero que me amodorraba en las salitas en penumbra, hinchado a sándwiches que no paraba de comer, mecido por los discursos monótonos de los delegados senegaleses, cubanos o llegados del Tíbet con su túnica tradicional?

Al quinto día no había escrito ni un artículo. Los del periódico empezaron a preguntarme qué pasaba. Estoy pensando, les aseguré, ya casi lo tengo.

Durante la cena se lo comenté a Giulio. Lo más interesante que he visto es una instalación, una mini-torre Eiffel hecha con sillas encajadas. Pero no me parece que dé para un artículo.

¿Cuánto de mini?

Así de alta.

No, pues no da.

Yo había cocinado para los dos unos chuletones envasados al vacío que había comprado en un supermercado ecológico. Quería que fuera un gesto de gratitud. Al hacerlos, la cocina se había llenado de humo, pero Giulio no había dicho nada al entrar.

Sí, esto del clima es un coñazo, admitió.

Pensé que ahí se acabaría la conversación, pero no: Giulio meditó un instante y añadió: Puedes hablar con Novelli, seguro que te cuenta algo interesante.

¿Y quién es?

Un físico, como nosotros.

¿Edad?

Menos de cincuenta. En Roma daba prácticas de método. Muy simpático en clase, pero un cabrón en los exámenes orales. Por entonces era un anticapitalista recalcitrante.

¿Como tú?

Giulio sonrió: Peor. He vuelto a verlo aquí en París. Ahora trabaja en modelos climáticos, algo de nubes. Si quieres te paso el contacto.

Seguramente me encogí de hombros, fingiendo que me lo pensaba, pero ya me había aferrado a aquella posibilidad. El caso era no pasarme otro día deambulando por los pabellones con eco de Le Bourget, con la cabeza llena de frases hechas sobre el desasosegante estado del planeta.

Lo que no me esperaba es que Novelli me citara aquella misma noche en una cervecería de la calle Monge. Fui a pie, aunque estaba casi a tres kilómetros. Hice todo el camino con los ojos puestos en el móvil, recabando información sobre Jacopo Novelli, doctor en física. No había mucho sobre él en internet, porque entonces no era tan conocido (ni tan tristemente famoso) como para tener una entrada en Wikipedia,

pero sí tenía web propia, una más bien simple, en WordPress. Enumeraba una serie de artículos recientes y daba indicaciones sobre el curso de sistemas complejos que estaba impartiendo. Había también una galería de fotos con imágenes de cielos nubosos y el nombre del tipo de formación gaseosa de que se trataba: altostratos, cirros, cumulonimbos..., nombres que yo no había querido aprenderme para el examen de meteorología, porque la asignatura solo valía tres créditos.

No le he esperado para pedir, me dijo Novelli, aunque no daba la impresión de que se sintiera en absoluto culpable. Pensé que iba a tardar menos.

He venido a pie.

¿Desde el distrito XIV?

Parecía sorprendido, pero no dijo nada más. Sí vio que me quedaba mirando la montaña que había en su plato.

No está mal, ¿eh? Vengo por esto. Aunque no deberíamos comer hamburguesas tan grandes. Por las emisiones de CO₂, digo. Y sobre todo por las arterias. Pero es que estas están buenísimas. ¿Ve?

Levantó el panecillo para que lo viera de lado. Las capas están bien separadas. Lechuga, queso, carne, cebolla. No como esas papillas que sirven en otros sitios. Pida una.

Ya he comido, gracias.

Usted se lo pierde.

Dio un bocado a la hamburguesa y aproveché para

estudiarlo. Tenía ese aspecto algo ajado que tienen algunos científicos en lo mejor de su carrera. Si de joven se había vestido de cualquier manera, como muchos estudiantes de física (yo incluido), ahora la cosa parecía preocuparle bastante.

¿Sabe lo que es el síndrome de Kessler?, me preguntó.

Negué con la cabeza.

Giulio me ha dicho que quería usted hablar del fin del mundo. Como todo quisque ahora, por cierto. Para empezar, hay que saber que no es el fin del mundo, sino, si acaso, el fin de la civilización humana, que es muy distinto. El caso es que, mientras le esperaba, me he acordado del síndrome de Kessler.

Se chupó la mayonesa del dedo índice, cogió el móvil y buscó una foto. ¿Qué ve aquí?

¿Ovnis?, contesté, más bien en broma.

Ovnis, exacto, es lo que dicen todos. Lástima que los ovnis no existan y esta foto sea real. Son satélites que no para de lanzar una de estas nuevas compañías de internet chinas. No se imagina usted la cantidad de metal que gira sobre nuestras cabezas; ya casi hemos saturado las órbitas bajas.

Giró la hamburguesa y siguió atacándola por el borde. Se ve que quería dejarse lo del medio, lo más jugoso, para el final.

Imagine que se suelta una tuerca de uno de estos satélites. Pasará constantemente, ¿no? Las tuercas se sueltan. Pues bien, esa tuerca viaja a unos treinta mil kilómetros por hora, es un proyectil. A esa velocidad

traspasa una capa de acero como si tal cosa. Ahora imagínese que esa tuerca choca contra otro satélite, este satélite se hace añicos y esos trozos de metal salen también disparados y chocan contra otros satélites.

Una reacción en cadena.

Eso mismo, una reacción en cadena. ¿Qué pasará con toda esa materia rotando por ahí? Nadie lo sabe. Pero una parte podría caer en la Tierra, como una especie de lluvia de asteroides. Eso es el síndrome de Kessler. ¿Y sabe qué? Que es una amenaza *real*. La gente no piensa en eso porque no lo sabe. Solo lo saben las personas que lanzan estos satélites y por eso, con el dinero que ganan, se construyen refugios atómicos. Pero esta gente que ve usted aquí sentada no sabe nada. Ahora todos hablan del Estado Islámico y del calentamiento global, pero la verdad es que existen infinidad de amenazas más genuinas: la sequía, el envenenamiento de las reservas hídricas, las pandemias —¡lo dijo, juro que lo dijo!—, la rebelión de las máquinas..., además, claro, de las que nos parecen pasadas de moda, como nuestro querido y viejo invierno nuclear.

De pronto, escuchándolo, me acordé de mi padre, que se pasaba los domingos persiguiendo a mi madre por toda la casa, como si fuera un dron: al cuarto de lavar, al balcón, a la cocina, hablándole de la crisis del petróleo, de la contaminación del aire, de la contaminación lumínica..., a razón de una catástrofe al mes. Me pregunté si Novelli sería un marido así. Si, bien mirado, lo sería yo también.

¿Y qué pasa con las nubes?, le pregunté.

Novelli hizo una mueca. Lo de las nubes es complicado. Las nubes altas retienen la humedad, con lo que contribuyen a calentar el planeta. Las nubes bajas reflejan la luz solar y lo enfrían. Al mismo tiempo ayudan y perjudican, un lío, vamos. Hay quien piensa que el cambio climático dejará el mundo sin nubes. Cielo despejado día y noche, los trescientos sesenta y cinco días del año. Supongo que habrá a quien le guste. A mí no.

He visto que colecciona fotos de nubes en su web.

Es un concurso que les propongo a mis alumnos: fotografiar la nube más interesante. Pero puede participar todo el mundo. Usted mismo, si quiere.

Yo no sé hacer fotos.

Como vea.

No recuerdo qué más nos dijimos aquella noche, porque pasamos mucho tiempo juntos, primero en la terraza de la cervecería, al calor excesivo de las estufas de gas, y luego en la calle, bordeando el Jardín des Plantes. Sé que hablamos de la conferencia de las Naciones Unidas, de la que Novelli esperaba poco, y de la nostalgia que los dos sentíamos por cierta física desligada del mundo. Y, en efecto, al cabo de un rato me preguntó si estaba entrevistándolo.

No creo, no, no exactamente.

Puede hacerlo si quiere, dijo, y a mí me hizo gracia aquel rasgo de vanidad después de tanto hablar del fin del mundo.

En cierto momento me preguntó si tenía hijos. Yo le devolví la pregunta: ¿y él? Dos. El segundo llegó bastante después que la primera, que tenía ya siete años. Le hice notar que me parecía incoherente cuando se veía el futuro como él lo veía. Sin quererlo, yo me había puesto un poco tenso. Novelli dijo: ¿Cómo vamos a sobrevivir si no confiamos en los hijos?

Cuando llegamos a su portal la conversación había decaído, los últimos diez minutos habíamos caminado sin decir una palabra. En la calle no se veía un alma. Con el silencio me volvió la sugestión de los atentados y decidí no coger el metro para volver a casa, aunque no tenía mucho sentido. Los kamikazes buscan la multitud, cierta espectacularidad.

¿Y a qué se dedica usted, por cierto?, me preguntó Novelli, como si hubiera estado preguntándose toda la noche.

Soy escritor.

Giulio me ha dicho que trabaja para un periódico.

Trabajo para un periódico, pero soy escritor.

Por algún motivo me sentí molesto. Tuve la impresión de no haberme enterado de nada y de que Novelli me había tratado como a un cualquiera, pues todo eran ideas llamativas, empezando por lo del síndrome de Kessler, que bien podría haberle expuesto a un alumno.

Sacó las llaves, abrió el portal. Bueno, pues suerte con su artículo. Si necesita algo más, ya tiene mi número.

Mientras yo estaba en París, a Lorenza se le había ocurrido que nos fuéramos de vacaciones a una isla, terapia de pareja muy propia de estos tiempos. No hay dolor, según la sabiduría occidental, que una semana en los Trópicos no cure. Después de asistir a una cumbre sobre el cambio climático, coger un avión con destino al Caribe en pleno invierno no parecía lo más coherente: a razón de unos mil kilos de anhídrido carbónico por cabeza y tramo, emitiríamos a la atmósfera un total de cuatro toneladas de CO₂ para superar la tristeza que había anidado en nuestro matrimonio. Merecía la pena. Por un tiempo tocaba dejar a un lado mi conciencia ecológica.

Se dice que la isla de Guadalupe tiene forma de mariposa. Si es verdad, nuestro complejo hotelero estaba en el ala derecha, en medio de una pequeña bahía. Llegamos y nos dieron dos microtoallas enrolladas, empapadas en agua perfumada, para que nos laváramos la cara. En el vestíbulo había unas grandes peceras llenas de langostas que movían perezosamente.

te las antenas. Nos acomodamos en unos sofás blancos y, aún medio atontados del viaje, escuchamos las innumerables opciones de relax de las que disponíamos y los correspondientes método de pago. Como habíamos abonado un suplemento, teníamos derecho a una habitación con vistas al mar que seguro que nos gustaría, y vaya si nos gustó.

Deshicimos las maletas y bajamos a la playa para aprovechar la última luz. Lorenza llevaba un vestido playero nuevo, con estampados geométricos, que dejó sobre un tronco que parecía demasiado a tono con el entorno para que lo hubiera abandonado allí la corriente. Nos metimos en el agua y una raya nos pasó a un par de metros de las piernas, como un buen presagio. Las olas eran leves, apenas se levantaban. Lorenza se me subió a cuestras y yo avancé dando saltitos por el agua poco profunda. No estaba mal volver a ser una pareja de verdad, me dijo al oído. En casa siempre nos interrumpía algo: el trabajo, Eugenio, el teléfono. Me apretó los cuádriceps con todas sus fuerzas, la noté más joven y, por primera vez en semanas, sentí que el disgusto, el resentimiento sordo que albergaba hacia ella, vacilaba. Lorenza me pasó la mano mojada por la cara, como si quisiera poner fin a mi monólogo interior, fuera el que fuese. Nos besamos y nos separamos, pero seguimos repitiéndonos uno a otro qué maravilla era aquella isla con forma de mariposa y cuánto nos gustaría no irnos nunca.

Aquellos momentos perfectos acabaron por la no-

che, cuando me puse a seguirla por el salón del bufé quejándome de lo absurdo que era que hubiese tres menús distintos, incluyendo uno de carne japonesa. ¿Y qué necesidad había de servir fresas frescas en los Trópicos? ¿Y agua mineral San Pellegrino en botella de plástico? ¿Es que no había agua, si no de la zona, al menos que no viniera de seis mil kilómetros de distancia? De pronto, Lorenza se dio la vuelta con el plato en la mano, como sin saber si soltarlo o estam-pármelo en la cara, y dijo: Tú te opones al despilfarro, lo entiendo y lo respeto. Pero yo me opongo a la infelicidad, conque ya sabes.

Conque ya sabía: relax, el lema del complejo turístico. Relax, relax, relax, relax.

El tratamiento a base de baños de agua tibia y piña colada a las cuatro de la tarde funcionó. Volvimos a practicar sexo, que en realidad era la razón por la que habíamos ido allí. Después de hacerlo, Lorenza se ponía a leer en la cama boca abajo, aún sin bragas, y parecía tranquila. Yo podía hacer dos cosas: o acercarme de nuevo a ella o quedarme allí a su lado subrayando los pasajes más convincentes del libro que Giulio me había prestado y aplazando el deseo. Así tendría que ser la vida conyugal, pensaba yo, así tendría que ser siempre: llena de aquella sensualidad. Quizá Lorenza tenía razón y mis expectativas respecto de ser padre eran excesivas, había caído en una idealización. Había cantidad de parejas sin hijos y nada indicaba que se sintieran menos realizadas o menos felices que

las demás. Aun así, incluso allí, en aquella habitación con vistas al mar, teníamos la sensación de que algo se había agotado entre nosotros, sobre todo cuando hablábamos; era como si algo fallara en medio de todo aquel disfrute. Era nuestro agujero de ozono privado.

En *Colapso*, Diamond explicaba una especie de paradoja. Decía que las civilizaciones, que suponemos que progresan hacia el bienestar, a veces evolucionan en sentido contrario y, sin saberlo, crean las condiciones que las llevan a su fin. El ejemplo más llamativo era el de la isla de Pascua: durante mucho tiempo se creyó que a los nativos de esta isla los diezmaron las epidemias que llevaron hasta allí los europeos, sobre todo la sífilis y la viruela, pero una teoría más reciente afirmaba que la causa de que la población disminuyese eran las estatuas gigantescas que dejaron a la posteridad, esos bustos cuadrados y enigmáticos que a menudo dan la espalda al mar. Los nativos transportaban estos monolitos haciéndolos rodar sobre troncos y, para conseguir estos troncos, deforestaron la isla. Sin árboles, el ecosistema se desequilibró y hubo corrimientos de tierras, hambrunas y guerras civiles. Al final, los habitantes de la isla tuvieron que recurrir al canibalismo. Al canibalismo, ¿te das cuenta?, le dije a Lorenza.

Ella me pasó el dedo índice por el muslo, sin apartar los ojos del libro que estaba leyendo, y moviendo en el aire las piernas dobladas como si fueran unas tijeras, de una manera sorprendentemente parecida a

la de las langostas del vestíbulo, me preguntó: ¿No te has traído nada más para leer?

A mediados de semana nos apuntamos a una excursión y visitamos el interior de la isla. La verdad es que no nos apetecía, pero así aliviábamos el sentimiento de culpa que teníamos por no habernos movido casi de la playa del hotel.

Salimos por la mañana a las nueve en una furgoneta junto con una pareja de holandeses. Seguimos un camino de suaves subidas y bajadas y nos adentramos en la selva tropical, rodeados de cantos de aves. En esas latitudes todo era más frondoso, más húmedo, más excitante. Después de los días que habíamos pasado al sol, la sombra me produjo un alivio inesperado.

Me apasioné con la explicación que nos dio el guía sobre un árbol nativo de África occidental que estaba sustituyendo rápidamente la vegetación autóctona. El nombre científico del árbol era *Dichrostachys cinerea*, pero en África lo llamaban «árbol de Navidad». En abril echaba unas flores amarillas y lilas muy graciosas que por un instante hacían olvidar lo nocivas que eran. Debí de hacer muchas preguntas, porque los holandeses empezaron a dar muestras de impaciencia y Lorenza suspiró como a veces hacía cuando me comportaba como el primero de la clase.

Volvimos a la costa. Habían preparado la comida

en una zona de sombra entre manglares. Venían grupos de otros hoteles y turoperadores, y el hacinamiento estropeó el ambiente exclusivo que nos habían prometido cuando reservamos la excursión. Los holandeses y nosotros nos sentamos a una de las mesas de madera y nos colocamos más anchos de lo debido para que nadie se nos uniera.

Trabé conversación con Otto acerca de la calidad del complejo hotelero y hasta qué punto viajar se había vuelto más difícil desde los atentados de París. Era ingeniero y trabajaba en el sector del automóvil, sobre todo en márketing. El tema de la sostenibilidad le interesaba. Nos tomamos un *ti punch* cada uno, luego un segundo y un tercero. Como es natural, hablamos también de la comida criolla y de que, a la larga, se hace repetitiva.

Reanudamos la excursión, pero yo me quedé tan profundamente dormido en la furgoneta que no me enteré de la última etapa. Cuando ellos subieron al vehículo, venían excitadísimos, Lorenza también. Me dijeron que era una lástima que me hubiera perdido la villa colonial, porque de verdad merecía la pena.

El penúltimo día alquilamos un coche para ir a una playa que nos habían recomendado los holandeses: la vida en los complejos turísticos consiste en recomendarse playas. Cuando llegamos al final del sendero que atravesaba la vegetación, vimos que era una playa nu-

dista. ¿Qué hacemos?, le pregunté a Lorenza. Se encogió de hombros: Ya que estamos.

Nos desnudamos, guardamos los bañadores en las bolsas y extendimos las toallas, pero, como quedarnos allí tumbados parecía raro, nos metimos en el agua. Todo era bastante divertido. Estábamos flotando a unos treinta metros de la orilla cuando se nos acercó la pareja de holandeses. No nos habían dicho que irían y, de haberlo sabido, seguramente habríamos cambiado de sitio. Es estupendo, ¿no?, nos preguntó Otto.

Lorenza se puso a hablar con la mujer, que tenía la piel quemada, con manchas rojas, y la marca del biquini. Las piernas se le veían más gruesas bajo el agua, por la refracción de la luz.

Queriendo romper el hielo con Otto, se me ocurrió comentarle lo bien que había visto que nadaba en el breve trecho que había recorrido hasta nosotros. Me dijo que en Holanda todos los niños tienen que sacarse un diploma que consta de tres niveles y que en el examen había que nadar vestidos y calzados y recorrer un túnel haciendo apnea.

Será por el riesgo que corre Holanda de inundarse con la subida del nivel del mar, imagino.

Otto me miró perplejo: ¿La subida del nivel del mar? No. Es para que no nos ahogemos en los canales de Ámsterdam.

La conversación se desarrollaba con los cuatro allí desnudos y esta circunstancia no se me iba de la cabeza. ¿Ves a aquellos?, me preguntó de pronto Otto,

señalando un punto de la playa. Entreví los bultos oscuros de unos chavales en medio de la vegetación, acucillados en la penumbra. Parecía que frotaban algo rítmicamente entre las piernas, como si estuvieran haciendo algún ejercicio meditativo, pero a esa distancia no veía si llevaban bañador o no. ¿Qué hacen?, pregunté, ingenuo de mí, y Otto me miró sonriendo, como si fuera una pregunta retórica.

Más tarde nos invitaron a cenar y aceptamos. Cometimos la estupidez de vestarnos mejor que de costumbre, yo incluso me puse unos zapatos cerrados, aunque se trataba, como siempre, de bajar a la planta baja, salir a la terraza del restaurante, ir uno tras otro al bufé que nos sabíamos de memoria y pedir el mismo vino tinto chileno con tapón de rosca que, por cierto, al final nos cobrarían como un extra.

Solo que esta vez hicimos todo esto sentados con Otto y Maaïke, nuestros amigos improvisados, que vivían en La Haya; no, no en Ámsterdam, en La Haya; mejor dicho, a unos veinte kilómetros de la ciudad, en una de esas casas típicas que uno se imagina cuando piensa en Holanda, sí, de esas... ¿Que si habíamos estado? Y más de una vez, y también en el Maurits-huis, ah, ¿no se pronuncia así? Claro, a nosotros también nos encantó la *Vista de Delft*, con esa luz que parece que sale del lienzo...

No se llamaban Otto y Maaïke. No tengo ni idea de cómo se llamaban, y tampoco tenía motivos para recordar sus nombres. Le cogí la mano a Lorenza por

debajo de la mesa y ella me la acarició con el pulgar, delicadamente, dándome su beneplácito.

Cuando desperté, unas horas después, los holandeses ya se habían ido de la habitación. Lorenza dormía, tumbada en diagonal, señal de lo extraña que había sido la noche. Le tapé las piernas con una esquina de la sábana y me levanté. La ventana estaba abierta y salí a la terraza. Una franja rosa finísima corría paralela al horizonte. Sobre ella, el cielo pasaba del azul celeste al azul oscuro. Algún día, pensé, aquella isla dejaría de existir, dejaría de existir la terraza y dejaríamos de existir también nosotros. Lorenza y yo desapareceríamos sin dejar rastro, como atolones que el agua cubriera.

Sobre el mar flotaba una nube redonda, densa, inmóvil, muy lisa. Era como un platillo volante de gas que se estrechaba un poco hacia abajo, formando como una espiral. Entré en la habitación a por el móvil, le hice una foto y se la envié a Novelli, con un simple comentario: Guadalupe.

Me contestó enseguida: Es una nube lenticular. El flujo de aire encuentra un obstáculo y lo modela así. No es infrecuente, pero sí es difícil de ver en esas latitudes. ¿Puedo subirla a mi página?

Instantes después me llegó otro mensaje: Si se fija, los bordes se ven iridiscentes. Son las gotas de agua que difractan la luz. Veámonos si pasa por París.